

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... 1-00
Número suelto..... 0-15
Números atrasados. „ 0-25

Año I. Núm. 7.
San José, 15 de setiembre de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.
APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Las glorias de la patria y los ayes de mi corazón*, por Vicente Herrera.—*Rimas*, por *.—*Un día nefasto*, por Simplicio Cucufate.—*Costa Rica*, por Carlos Gagini.—*Algo sobre matrimonio*, por Ursino.—*Un cumpleaños*, por Ramón Acuña.—*Juan Santamaría*, por Emilio Pacheco.—*Así empezó*, por Gualterio.—*Al 15 de setiembre*, por José M^o Alfaro.—*Crónica*, por Mr. Renard.—*El periodista*, por Calixto Velado.—*Anuncios*.

Grabados.—*Angelina*.



ANGELINA.

LAS GLORIAS DE LA PATRIA

v los ayes de mi corazón.

Episodio de mi vida íntima, dedicado á los señores Editores de "Costa Rica Ilustrada."

SETIEMBRE 15 DE 1886.

La aurora apenas apunta su luz vacilante: la naturaleza despierta con todos los encantos del amanecer: el estampido del cañón y los alegres aires de la música marcial anuncian el aniversario 65^o de la Independencia de Centro América, nuestra patria común. En el memorable 15 de setiembre de 1821, esta sección integrante de la antigua Capitanía General de Guatemala, en unión de sus hermanas representadas en la metrópoli, obtuvo el más glorioso triunfo de que los centroamericanos podemos envanecernos. Sin sangre, sin lágrimas y con la concurrencia de las mismas autoridades españolas, Centro América en ese día adquirió su emancipación absoluta de un poder extraño que, por derecho de conquista, la tenía uncida á su voluntad como el amo al siervo con la cadena al pie, por espacio de tres centurias.

Innegable es que España, á quien el inmortal Colón dió este mundo, infiltró, con la conquista, la civilización en las selvas vírgenes de la opulenta América, y aunque es verdad también, que al mismo tiempo nos legó defectos y vicios funestos en los diversos ramos de la administración, y en la Religión, no fué culpa suya sino de la época. Agradecemos el bien y no recordemos el mal. España, esa noble nación de héroes como el gran Colón, un Hernán Cortés, los Pizarro y Almagro, quienes hicieron, tal vez inconscientes y llevados sólo por su genio aventurero, los mayores beneficios á su patria y á la humanidad; España, repetimos, nos dió el idioma, la civilización que ella misma tenía y la religión basada en el Evangelio, aunque mal interpretada.

Debemos recordar con gratitud que la Gran Reina Isabel I de Castilla, bajo cuyo amparo se emprendió y efectuó el descubrimiento de la América procuró, con disposiciones sabias, asegurar la suerte de los naturales vencidos, á quienes su maternal corazón apedillaba "sus hijos".

Mas eso y otras benéficas disposiciones posteriores dictadas por algunos de sus descendientes y sucesores no bastaron para apegar este mundo á la madre patria, con provecho de ésta como pudo haber sucedido. España representaba entonces, las ideas oscuras y erróneas que á ella misma la dominaban y en política y administración, en economía y religión, nos dió lo que tenía; en política errores crasos; en administración, ceguera extrema; en economía, mono-

polios absurdos y pobreza; en religión, abusos é ignorancia absoluta de los genuinos divinos principios evangélicos. Todos esos defectos, todos esos vicios pesaban sobre ella y la conducían fatalmente á su decadencia, como sucedió. Sus tenientes enviados acá, sin discernimiento, y tantos y tantos aventureros que venían *en busca de oro*, no sólo no secundaban las benéficas medidas que de vez en cuando, dictaba la corona de España, sino que las contrariaban y nullificaban con una conducta no propia de hidalgos españoles, sino de merodeantes indignos de ese nombre. Lo cierto es que la América desde Méjico hasta el Cabo de Hornos no podía ya soportar tan ominosa dominación. Agréguese á esto que, aunque fuese furtivamente, circulaban ya en estos países libros y periódicos que daban á conocer los principios republicanos en que se basó la independencia de los Estados Unidos del Norte y el código inmortal de los derechos del hombre, proclamados por la revolución francesa en 1792. Todo ese combustible estaba ya en la conciencia de los hombres pensadores.

El espíritu revolucionario fermentaba en toda la América española; sólo faltaba una ocasión para estallar y producir el incendio general. El pronunciamiento de Riego en Cádiz fué la ocasión. España quedó desarmada y los pueblos americanos se aprovecharon de esa coyuntura, ó para iniciar ó para continuar sus proyectos de emancipación.

A Centro América le llegó su turno en ese mismo empeño, y el día marcado en el destino, fué el 15 de setiembre de 1821.

Desde ese día los centroamericanos somos libres de toda dominación extranjera: desde ese día nuestra patria, Centro América, entró á formar parte de la gran familia de las naciones; desde ese memorable día.

Pero ¿qué es lo que oigo? un ¡ay! que me hiere. Mi esposa estaba enferma, pero, en mi concepto, no de muerte inmediata. Sin embargo, corro á su alcoba y la encuentro en brazos de parientes y amigas afectuosas; ya no tuvo una mirada para mí; después de pocos instantes era un cadáver; la compañera de mi vida durante treinta y cuatro años había dejado de existir, su hermoso espíritu había volado á la mansión ignota y se hallaba en compañía de los justos.

El último estampido del cañón hiere mi oído. Mi alma se hace pedazos en el choque de sentimientos tan contrarios. En presencia de restos tan queridos y con el recuerdo de un acontecimiento tan grato, mi espíritu exclamó: ¡gloria á Costa Rica! gloria á Centro América! gloria á toda la América! gloria á la libertad!

¡Luto eterno á mi corazón!

VICENTE HERRERA.

San José, 8 de setiembre de 1887.

RIMAS.

Cuando adiós nos dijimos, triste llanto
inundó nuestros pechos:
sobre el tuyo mis lágrimas rodaron,
sobre el mío tus lágrimas corrieron.

¡ Por qué lloraron tanto nuestros ojos.....
qué misterioso genio
en secreto diría á nuestras almas
que el adiós que se daban era eterno !

Estaba en tí pensando, cuando supe
que no dejaste ni correr el tiempo
para secar de mi ternura el llanto
en lo escondido de sus pliegues negros.

A qué negarlo; mi dolor fué grande:
la mano al corazón llevé ligero,
y calientes juraban todavía
tus lágrimas vertidas en mi seno.

San José, 14 de setiembre de 1887.

Un día nefasto.

¡¡Martes y trece!! Triste de mí que
no había caído en la cuenta de que el glo-
bo terráqueo caminaba hoy bajo la influen-
cia mortífera del número trece, corregido
y aumentado por un día *martes*. ¡¡Poca
cosa!! Valor, Simplicio, que ya son las dos
de la tarde y aun no te ha caído la casa en-
cima.

Consuélame la esperanza de que las ge-
neraciones venideras leerán estas memorias y
coronarán mi calavera, si se encuentra, no
por el valor de mis escritos, sino por los su-
frimientos que me han acosado, antes de
casarme, en el casamiento y después del
lance.

Acercaos, pues, posteridad y escuchad
con atención las malaventuras que pasaron
á un habitante de San José el día 13 de
setiembre de 1887.

Me recordó muy temprano una mosca
que mordía con empeño la punta de mi na-
riz.—Verdad es que maté la alevosa mos-
ca; pero el mal estaba hecho. Un humor
diabólico fué el crepúsculo del día trece,
martes & C^a.

Corro al lavatorio para borrar los res-
tos del asesinato de la mosca y consumo mi
rostro en el agua.....; pero una po-
bre cucaracha que probablemente se aho-
gaba allí, encontró una tabla de salvación

en mi nariz y se agarró con pies y manos á
ella, lo cual me produjo un estornudo tan
estrepitoso, que recordó á mi tierna mitad
que acostumbra dormir hasta las diez.

Conocedor de las consecuencias de este
modo de despertar á una persona biliosa,
tomé las de villadiego y me metí en el "Par-
que."

Entraba apenas en él, cuando se acer-
có á mi don Tenazas Berrocal; me ofrece
su mano, y yo, inocente cordero se la entrego
con descuido. Sentir mi mano entre las
suyas y darme tres sacudiones fué obra de
un segundo. La dislocación del brazo de-
recho era inminente; mi mano quedó enca-
rrojada como sombrero de canónigo y mi
cara expresaba todo eso y algo más, mien-
tras que don Tenanzas muy satisfecho bus-
caba otra víctima á quien dislocar.

Al volver á mi casa encontré un joven
bien vestido, que me hacía repetidas corte-
sías y saludos, al mismo tiempo que sacaba
del bolsillo un papel que desdobló compla-
cientemente delante de mí, invitándome á
suscribir algo para la estatua de *Santa Ma-
ría*. Yo me defendí; alegué mi
pobreza, relaté el modo cómo se hacían esas
suscripciones en otros países..... nada;
aquel amable joven había jurado ser más te-
naz que la mosca susodicha.

Un poco nervioso metí la mano á la
bolsa de mi chaleco, con deseo de encontrar
una peseta ¡¡pícara suerte!! sólo había un
botón de hueso.

Entonces me resolví heroicamente á
firmar una promesa por 50 centavos que di-
fícilmente me harán pagar.

Tras este susto, otro mayor, pues al
amable joven siguió el amabilísimo señor
don Mariano Valenzuela con un recibo de
la Municipalidad. ¡¡Dos pesos cincuenta
centavos!! por riego de mi calle, luz eléc-
trica, serenazgo, etc. etc. Le juro á este
señor que nadie ha regado mi calle; que
hace meses llueve tanto, que yo pagaría por-
que secaran las calles cubiertas de lodo, de
huecos y suciedades, en vez de empaparlas
más..... inútil.

La calma de don Mariano me devolvió
la mía, y me resigné con dolor del alma de
mi bolsillo á entregar los dos cincuenta que
representaban los riegos municipales, ilumi-
nados con la intermitente luz eléctrica.....
que pestañea; ¡¡oh día trece cuando
pasarás!!

Para distraer mi ánimo y no pensar en
tan nefasto martes, abro mi escritorio con



objeto de continuar este artículo destinado á "Costa Rica Ilustrada;" pero no lo encuentro: llamo á la de semana, que era Descardina, y me comunica que los pliegos escritos los habían cortado en moldes del traje para el baile del 15. No queriendo perder mi trabajo pido los moldes y se me entregan unos pedazos largos con figuras de jamón de York; otros con figuras regulares, y con mil trabajos copió lo que antecede, tomando parte de las mangas, parte de los vuelos y aun tuve que sacar algunas frases de los ojales.

Por fin llegó la noche, y con ella el fin de mis pe..... ¿quien llama?..... Entra don Torbellino Villapobre y habla así: (léase muy de prisa).—Buenas las tenga el señor don Simplicio, el más virtuoso y galante caballero de este país.—¿Qué hay de nuevo?—Nada que yo sepa, si exceptuamos el beneficio de la Carmen Fernández, que fué una completa ovación en prosa, verso, cantada, bailada, con flores, palomas, cintas y palmoteos.—¿Sabe Ud. que el partido del Cacho hace oposición al tratado con Nicaragua? El General Barahona tomó la Unión y los nuevos códigos regirán el primero de enero de 1888. ¿Qué buen cognac ha venido á la Mascota! ¿Como están las niñas? Me alegro mucho, ellas son tan sanotas y rosagantes. El retrato de la Coquetina es perfecto; pero le falta un no sé qué en la boca. Definitivamente hace un calor tórrido y los víveres tan caros; dicen que el maíz se vendió á 60 centavos el metro, quiero decir el medio decímetro, pues no soy fuerte en historia, ni me gustan los nombres hebreos. Lo dejo porque es hora de asistir á la tertulia Valenzuela, en donde se reúne lo más conspicuo de la crema social..... Buenas noches..... y desapareció aquel aluvión de palabras sin que yo pudiera colocar una sola.

Aturdido estaba aún y anonadado con la verbosidad de Villapobre, cuando pasaba mi esposa que se despedía de doña Silencio Achaques, matrona excelente y muy enfermisa. Yo me puse de pie y acompañé la pareja; pero aquella silenciosa mujer, que jamás habla cuando está sentada, no suelta la palabra desde que las gentes se ponen de pie para despedirse.—Así fué; yo, aturdido por la peroración de Villapobre, me impacientaba, pero continuaba de pie esperando y oyendo lo que sigue:

Desengañese doña Sinfórosa, este mal causará mi muerte; figúrese un dolor que

me sube del pecho á la cabeza y las palpitations. El Doctor Atrevido me alivió con las cataplasmas de ciruelo serenado y el Doctor Homeopático con agua clara, dos cucharaditas cada minuto; pero me priva de fumar, de rezar, de ácidos y café.

—Buenas noches, interrumpí yo, señora doña Silencio.

—Buenas, señor, contestó la señora Achaques; pase muy buena la noche que yo tendré que pasar atacando este dolor pertinaz que padezco desde hace..... ¿cuánto hará que murió el Obispo Llorente?

—Muchos años señora Silencio, y que duerma bien.

—¡Dios lo oiga, don Simplicio, pero cuando me ataca este mal que me sube de aquí (y señala mi pecho) hacia la *nuque* las palpitations.....

—Sí, mi digna señora, las palpitations la acosan, pero al fin el sueño la calmará. Buenas noches; y con un ligero empujoncito la lancé á la calle. Así concluyó ese día para siempre memorable. Pero para que fuera funesto hasta lo último, al acostarme y atrapar el sueño, una pesadilla martirizó mi mente. Toda la noche ví rodar en círculos concéntricos á la Carmen Fernández, al partido del Cacho, doña Silencio seguida de legiones de boticarios, médicos y barberos; centenares de manos que me dislocaban los brazos; los códigos nuevos perseguidos por miles de cucarachas; carros con agua regando calles inundadas.—Estatuas de Santa María, pero sobre todo sobresalían los ayes de doña Silencio..... Cayó el telón, y el sueño, el verdadero y legítimo sueño se apoderó de mí, y olvidé todo, todo.

SIMPLICIO CUCUFATE.

"COSTA RICA."

(A EMILIO PACHECO.)

Sobre la escueta cima que la nieve
Cual sudario glacial siempre domina,
El cóndor gigantesco yace inmóvil
Con la mirada en el espacio fija.
El huracán resuena en la montaña,
Hacia el valle el alud se precipita
Arrollando á su paso el roble fuerte,
El modesto sembrado y la alquería;
Las lavas en hirviente catarata
Asuelan la ciudad despavorida;

Del rayo aterrador allá á lo lejos
 Baja vibrando la centella lívida;
 Y en tanto que la tierra es presa inerme
 De batallas, catástrofes y ruinas,
 El ave rey, ajena á tantos males,
 Posada en la alta cumbre al cielo mira.
 El pensamiento humano es como el cóndor
 Que á levantarse más y más aspira,
 Y cuando abate el vuelo ya cansado
 Sobre la roca solitaria y fría,
 En ella afirma con pesar la garra
 Volviendo la mirada siempre arriba.

*
 * *

Ah! si pudiera el pensamiento mío
 Cernerse, como el ave, en el espacio,
 Dejando las miserias de la tierra
 Por la paz inefable de lo alto!
 Si desde allí, feliz ó indiferente
 En grata soledad me fuera dado
 Recordar las heridas de la patria
 Sin que á mis ojos asomara el llanto!
 Pero no, no es posible: el pensamiento
 Jamás de ella se aparta: la amo tanto,
 Que sus dolores son también los míos
 Y de su suerte pende mi cuidado.
 ¡Oh patria, madre amada! si algún día
 De tu cariño renegando ingrato,
 Mordiera como sierpe el mismo pecho
 A cuyo amor y amparo me he criado;
 Si atento sólo al beneficio propio
 Lo procurara á costa de tu daño,
 Que eternamente maldecido sea
 Y por tus hijos todos execrado.

*
 * *

El que arruina á su patria solamente
 Por aumentar su hacienda, el desalmado
 Que ultraja sin temor las santas leyes
 Cuya guarda y sostén le confiaron,
 Ese no es digno de su amor ni puede
 El nombre merecer de ciudadano.

*
 * *

No aludo á nadie, me refiero á todos:
 La América Española de mil modos
 Puede ser en el mundo un paraíso;
 Más para eso es preciso
 Que respetados sus derechos sean,
 Que al lado de sus jefes tenga asiento
 La augusta libertad, y todos vean
 En ellos honradez, ciencia y talento;

Es preciso que el pueblo soberano
 No consienta jamás ningún tirano
 Que de sus glorias oscurezca el brillo;
 Que el labrador sencillo
 Trueque la esteva por la fiera espada
 Como el antiguo morador del Tibre,
 Cuando un déspota vil con planta osada
 Intente pisotear al pueblo libre;

Es preciso que sea el patriotismo
 El lema popular, que el servilismo
 No halle cabida en los valientes pechos,
 Y todos satisfechos,
 Sintiendo de la paz el dulce beso
 Trabajen con afán honradamente:
 Pues la ley sacrosanta del progreso
 Escrita con sudor está en la frente.

*
 * *

No es ciega mi esperanza ni quimérica:
 Esta tierra feliz, llave de América,
 Tiene seguro porvenir glorioso:

Su suelo portentoso
 Reclinado á la vez en ambos mares,
 Ostenta con magnífica belleza
 Risueños campos, bosques seculares,
 Fecundos manantiales de riqueza.

Aquí nunca se sienten los rigores
 Del invierno aterido; con sus flores
 Se adorna primavera todo el año;
 Aquí consorcio extraño
 Forman vecinas en jardín florido
 Las plantas parasitas más preciadas,
 Con las que siempre en número crecido
 Poblaron estas vegas encantadas.

Ricas maderas, frutos exquisitos,
 Minas sin fin, tesoros inauditos
 Ofrece Costa Rica en sus terrenos.
 Pacíficos y buenos,
 Sus hijos dan al extranjero amigo
 Albergue cariñoso en sus hogares;
 Más ¡ay de él, si pérfido enemigo
 Se atreve á profanar los patrios lares!

Entonces cual león que en su guarida
 Se ve acosado, y al buscar salida
 No teme á sus contrarios ni los cuenta:
 Así en la lid sangrienta
 El rudo habitador de estas montañas,
 Llevando por divisa honor y gloria,
 Puede llenar con sólo sus hazañas
 El venerable libro de la historia.

Si á tu valor ¡oh pueblo que idolatro!
 A menudo faltó vasto teatro
 Para mostrar al mundo tus proezas,
 En cambio ya tú empiezas
 A ser más conocido, y algún día
 A tu nombre darán eterno brillo
 Con su tea inmortal Santamaría,
 Con sus nombres también Mora y Carrillo

* * *

¡Fatal recuerdo á mi memoria viene!
 La pluma vacilante se defiende
 Sin atreverse á desgarrar el velo:
 ¡He visto el puro cielo
 De la patria empañarse, y en su historia
 He mirado con ira y amargura,
 Al lado de mil páginas de gloria
 Otras mil de vergüenza y desventura :

He visto..... Mas la pluma se resiste
 A escribir tanta mengua, y se reviste
 De justa indignación el alma mía.

 Esa época sombría
 Que heridas incurables ha dejado,
 No ha de ponerse en el olvido oscuro :
 El recuerdo infeliz de lo pasado
 Servirá de escarmiento en lo futuro.

Valientes ciudadanos! Hoy que alumbra
 El sol de la verdad, y no os deslumbra
 Con mentidas promesas un tirano,
 Alzad con firme mano
 A vuestras leyes inviolable trono,
 Dad siempre de civismo noble ejemplo,
 Que sea la virtud vuestro patrono,
 La escuela y los talleres vuestro templo.

Odiad la adulación torpe y maligna :
 Que el alma siempre altiva, siempre digna
 Se consagre á la patria únicamente;

 Y con amor ardiente
 Por defender sus fueros, vuestra vida
 Llevad si es menester al sacrificio :
 Entonces podrás ser, patria querida,
 De grandeza y virtud bello edificio.

CARLOS GAGINI.

San José, 15 de setiembre de 1887.

ALGO SOBRE MATRIMONIO.

Se empeñan los jurisconsultos en considerar el matrimonio como un contrato y

los canonistas en asegurar que es un sacramento. Yo no me meto á discutir si es lo uno ó lo otro; sólo sé que es un hecho social, y como tal he de escribir algo sobre él mirando, como se dice vulgarmente, *los toros desde la barrera*, porque ha de saber el lector que soy soltero.

Para muchos el que se casa es un loco, que no sabe lo que se hace; para otros es un hombre juicioso, que piensa con madurez, que no quiere ver salir sus primeras canas sin mecer sobre sus rodillas un travieso retoño y gozar en las veladas de invierno de la dulce compañía que proporciona el hogar. Pero para la mayoría, para lo que llamamos vulgo, un hombre que se casa es ante todo un sér á quien se envidia.

No hay quien no reconozca las innúmeras calamidades y desconciertos que ocasiona el lazo conyugal; no existe nadie que alguna vez en su vida no haya clamado contra él; pero es lo cierto que todos, cual más, cual menos, desean sentir su presión. Que el tal lazo después se convierte, á veces en ruda cuerda que con fiereza oprime á los hombres, á veces en dorada cinta que presta su color á todos los actos de la vida—es innegable; pero también es verdadero que si en algún asunto tiene perfecta aplicación el refrán de que nadie experimenta en cabeza ajena, es en el del matrimonio.

Basta de charla y basta de preludeo. Ya es tiempo de que diga algo que al lector pueda interesar, aunque de memoria se lo tenga sabido.

¿Qué se necesita para casarse?

A mi modo de ver dos cosas principales y dos accesorias. Mujer y osadía son las primeras: dinero y consentimiento paterno las segundas.

Conque nuestra aquiescencia es cosa accesorias? saltará por ahí una pareja de suegros—¿Conque el dinero no es esencial? chillarán el comerciante, la modista, el zapatero, el panadero, el dueño de casas de alquiler, el carnicero, etc., etc., etc.

Vamos despacio y no haya alarma. No se trata de una propaganda socialista. He dicho que todo eso se necesita para casarse; no para casarse bien, es decir, prudente y juiciosamente.

Seguro estoy de observar ya en el rostro de algún recién casado (éstos tienen fresca la memoria y más frescas todavía las heridas del bolsillo); seguro estoy, digo, de observar en su rostro una sonrisa burlo-

na. ¿Y piensa U., señor Ursino, que podrá U. casarse, bien ó mal, sin dinero? ¿Acaso ignora U. que existen unas horcas caudinas, bajo las cuales á nadie le es dado dejar de pasar, ó por ventura supone U. que pueda alguien entrar en el venturoso jardín de himeneo sin atravesar antes el sombrío portal que se llama Curia Eclesiástica?

Señores maridos novicios, están UU. en babia. Dije que lo único que se necesitaba era mujer y osadía, y no rectifico mis palabras. ¿Para qué serviría sino el Concilio de Trento? Busco dos testigos, echo adelante mi valor, me presento ante un cura con mi novia, le digo que la he escogido para esposa, ella le dice otro tanto, y hé-nos ahí casados sin dinero y sin consentimiento paterno.

Pero si U. quiere andar el asunto como mandan la sociedad y las leyes civiles, entonces varía de aspecto. Necesita ante todo dinero, mucho dinero; y no se crea que el matrimonio de por sí exige tal requisito como cosa útil y necesaria. No tal; necesita U. mucho dinero, pero de él nueve décimos invertirá U. en lo superfluo y uno en lo indispensable.

Vamos por orden. Un hombre quiere casarse; pero para conseguirlo necesita tener un cómplice, es decir, que ha de buscar esposa. Esta es una verdad de Pero Grullo. Allí comienza la dificultad, porque sin unos cuantos miles de pesos le será más que difícil encontrar la consorte que apetece. ¿Quién ha dejado de notar el cambio que entre nosotros se viene operando? Hace quince años ó menos un matrimonio de conveniencia era una novedad, y no creo ir muy allá si digo que era un escándalo: se comentaba, se volvía á comentar, y no faltaba nunca al público una frase de admiración para semejante hecho. Hoy nos pasa todo lo contrario. La excepción ha venido á convertirse en regla general (á su vez sujeta á excepciones honorables).

Miramos como el acto más natural el que una joven se una á un hombre á los quince días de conocerlo, sin haberle conocido más que el Libro Mayor. Esa debe ser considerada como una mujer sensata; piensa juiciosamente, y en vez de dar su mano á cualquier pobrete que sólo podría ofrecerle trajes de zaraza, pañolones de barato y un hogar cariñoso, se casa con un hombre que ha trabajado un respetable capital, que tie-

ne la experiencia de los años y que, en cambio de dejarla hacer su voluntad y vestirla siempre de raso, guantes y sombreros á la moda, sólo le exigirá la guarda del honor y un poco de indulgencia para no notar sus frecuentes regresos de los clubs ú otros sitios, á las dos ó tres de la madrugada.

Ya vemos que esto no puede ser más cómodo: la elección no es dudosa.

Y aquí cabe una observación que de buen grado me callaría por no ofender á la mayor parte del sexo débil, y es que el amor al dinero y á las comodidades que consigo trae su posesión, ha tomado proporciones en nuestra sociedad atacando principalmente á la parte femenina; perdónenme los bellos ojos y los corazones sensibles, pero es indudable que casi todas nuestras mujeres tienen hoy desarrollado el espíritu financiero de un modo asombroso y que sólo aspiran á una vida holgada por medio de un *buen* matrimonio.

La causa es tan conocida que valiera más no apuntarla. De sobra se ha hablado ya por la prensa y en privado del lujo que consume la sociedad, para que yo viniera á convertirme en predicador moralista: bastan dos pinceladas para completar el cuadro.

El ridículo, monstruo insaciable siempre dispuesto á devorar al desgraciado que se aparta una línea del camino marcado por las preocupaciones sociales, caería sin piedad sobre aquélla que en sitio público se presentara ataviada con modestia. Cada mujer cree que su misión es superar ó por lo menos igualar á las mejores, y esto no se puede conseguir con un marido de posición mediana. Es necesario, pues, casarse *bien*. Y para tal objeto, ¿qué más da que el marido sea ó nó vicioso, que tenga más ó menos amor por su esposa, ó que ésta lo tenga por él si en cambio es rico?

A veces un padre que ha recorrido ya todo el calvario, llega á cansarse de sufrir el yugo social, y sacando á lucir un resto de firmeza, pronuncia un enérgico *vade retro* contra las peticiones conyugales y filiales; pero un marido novel es siempre complaciente. Su inexperiencia y su vanidad le impulsan á satisfacer todos los caprichos de su mujercita; y como casi siempre presente que no son su buena ó mala figura y las simplezas que en sus visitas de quince días pudo decir, los únicos atractivos que la novia halló en él, procura conservarse el cariño de ella gastando las onzas, sin

acordarse de que, semejante á una piedra de mina, cada grano de oro en que disminuye su capital, es un mérito que deja de tener.

Desearía disparatar algo más acerca del matrimonio. Me ocurren muchos puntos curiosos y dignos de ser examinados; pero no puedo seguir adelante: me detiene una barrera infranqueable, el temor de herir la susceptibilidad de alguno que se quisiera creer aludido. Siempre supónese aquí en la persona que escribe para el público, una intención dañosa. Mi buena fe, por más que la decantara, no me valdría para ser creído en este caso; y por tanto, prefiero callar y poner la fecha.

San José, 7 de setiembre de 1887.

URSINO.

UN CUMPLEAÑOS.

Contemplaba yo la noche que precedió al venturoso día en que la mano de la existencia tu belleza ofreció, y allí, en aquel campo de visión, sentí el pensamiento adormecido y la imaginación detenida por el ensueño. "Indecible es lo que aquí se siente, me dije: aquí el artista no emprende su vuelo; la contemplación es su única tarea; el poeta tampoco eleva su canto; las armonías de aquí apagan de seguro hasta la lira de Orfeo".

Ante tanta belleza, deseos daban de dormir en el voluptuoso regazo de aquella noche: allí había suaves claridades ofrecidas por el bello lucero que invita al reposo; azul de cielo engalanado por plateadas nubes; blancos mantos estrellados que la noche enseña: allí también Diana ofrecía sus colores y las estrellas se balanceaban, y luego tímidas parecían esconderse en su nido celeste.

Indescriptible parece la encantadora noche, pues allí hasta el ave silenciosa cantaba á la naturaleza, y el mismo sonrosado crepúsculo vespertino extasiado, fué sorprendido por el crepúsculo matutino.

Esta noche era de amor y de encantos llena. No parecía sino precursora de algo á que la naturaleza debía rendir culto.—Tanta belleza como que algo anunciaba, pues hasta la bíblica estrella, que ya quería despedirse, indicaba un derrotero con sus rayos.

Ante la idea de una aparición, mi pensamiento detuvo su veloz carrera, y luego mi espíritu fatigado, pero ansioso siempre de saber por qué la naturaleza ofrecía tanta maravilla, resolvió descansar bajo la deliciosa sombra del árbol de la esperanza, y allí más dichoso que Fauno y su compañera, y que los mismos dioses de los bosques, principió á ver que la noche ya quería ausentarse ante la luz radiante que se asomaba del mensajero de la mañana.

La noche, pues, fué requerida por el día, y la oscuridad emprendió su retiro, y las nubes huyeron del naciente.—Fué entonces que la aurora sonriente anunció la luz y que dentro del crepúsculo se destacó una forma; aquel momento fué solemne: la forma que el crepúsculo ofrecía eras tú, que, más hermosa que la mañana, con tus rosadas manos abrías las puertas de la luz. ¡Bello espectáculo! Yo solamente presencié tan sublime transformación: ví que luego que tú te presentaste, Diana se ocultó; el cielo ofreció sonrosadas nubes; el astro esplendoroso se asomó y se detuvo; ví también que tú te enseñabas con dorados cabellos y con ligero ropaje de seda, y tan bella, que el mismo padre del amor se olvidó de su hija por verte á tí; ví, en fin, que dejabas caer un perfumado rocío á todas las plantas y flores entre las cuales el lirio, la azucena y otras perfumadas ya, abrían su cáliz para beber la luz matinal, y luego te pedían prestado el color.

En momentos tales, las mismas estrellas, descuidadas en presencia de tu hermosura, se despedían y enviaban rayos luminosos que se confundían contigo; los pájaros también, ligeros volaban y te saludaban con sus cantos; las plantas y las flores, medrosas, como que querían ofrecerte el aroma y el color, pero, tímidas, seguían la modestia de la violeta; las rosas ofrecían también su cáliz. Allí tú no eras sino otra Venus en la isla del amor rindiendo todo á tus mandatos. Tú en ese instante dabas al alma sublime armonía, entregabas al pensamiento la pintura más bella y al corazón le ofrecías ternura.

No parecías sino extranjera, cuando abriendo esas puertas, dejaste correr la luz. Lejos de conocerte estaba, si no es por tus miradas que arrebatan, por tus sonrisas que se entreven, por tu corazón que jamás deja de entreabrirse ni de aletear alegremente ante el calor de la pasión.

En presencia de tal visión, mi persona y mi nombre se ocultaron también, y por más

que digas "es él", yo siempre mi nombre calló, pues allí no era sino como triste y solitaria ave que vela y canta en la oscuridad.

Cartago, setiembre de 1887.

R. A.

JUAN SANTAMARÍA.

(A DON JOSÉ ASTÚA ACUILAR.)

I.

Jamás, jamás mi musa
en su ambición ardiente
aduló al grande ni halagó al potente.

Hoy anhelante con sonora estrofa,
cantar quisiera al héroe denodado,
al oscuro soldado
de nuestra heroica nacional campaña
que, de la horrible lucha
en el supremo instante,
con ínclito valor y noble saña
el llamamiento de la Patria escucha.

Quiero cantar al héroe aun olvidado,
al gran SANTAMARÍA
que en alas de su genio conducido—
de la nada social donde yacía,
se alzó transfigurado,
al cielo esplendoroso de la gloria,
sellando con su muerte la victoria.

II.

¡Oh inolvidables tiempos
de virtud y heroísmo! La insana
audacia del crúel filibustero
que á Nicaragua, la nación hermana,
á muerte condenaba y servidumbre
al golpe inevitable de su acero,
de Costa Rica á los valientes hijos
condujo á la pelea;
aun más que de pertrechos
formidables, armados
por el escudo de sus anchos pechos
y por la alteza de su noble idea.

III.

Era el once de abril. ¡Glorioso día!
Los bélicos y fieros
ejércitos que osaban,

cual buitres carniceros,
cebarse en nuestros campos de esmeralda,
ciudades y praderas,
parapetados tras el fuerte muro
del *Mesón* invencible,
en Rivas ay! diezmaban
nuestras invictas huestes altaneras.

¿Cómo vencer entonces al enemigo?
¿Cómo volar ese edificio horrible,
si en tan duro momento
nuestras marciales tropas carecían
de recursos, pericia y armamento?

Mas en tan triste y apurada suerte,
¡oh hermosa Patria mía,
sobraban corazones esforzados
prestos su vida á dar por defenderte!

En medio del rugir de la metralla,
del hondo espanto, confusión y muerte,
se alzó con energía
la voz del bravo Cañas que decía:
—¿Entre tantos valientes habrá alguno
que ose sacrificar su vida, yendo
el *Mesón* á incendiar?—Resueltamente,
—Yó,—al punto contestó Santamaría,
de nuestras recias filas
intrépido saliendo;
—mas les encargo,—con ternura dijo,—
no olviden á mi madre.
Y aquel heroico hijo
de la Patria, con noble continente,
serena la mirada,
alta la oscura frente
de enmarañados crespós coronada,
y el pecho henchido por su ingente idea,
hácia el *Mesón* temible
de do surgía inclemente
la muerte asoladora,
se adelantó impasible
blandiendo al aire la fulmínea tea.

.....
¡Patético y sublime fué ese instante!
Aquel héroe esforzado,
por la flameante lumbre
y por la luz de Dios iluminado,
no fué ya entonces, mísero soldado,
era de nuestra Patria
el genio vengador transfigurado.

El rayo fiero del potente Marte
los ámbitos atruena por doquiera,
mas ay! todo es en vano,
que nada habrá que en su inmortal carrera
detenga ó intimide
al nuevo Ricaúrte americano:
Una bala de pronto el brazo fuerte

do fulmina la tea,
le hiere, mas qué importa?
si libre aún le queda la otra mano
para vengar la Patria
y desafiar hasta la misma Muerte;
hacia ella se adelanta presuroso:
del edificio al muro se encarama,
préndele fuego, y la rojiza llama
se aviva y se retuerce
lamiendo y devorando el alto techo
que cruje y se desploma,
entre el terror del enemigo odioso
que en medio del incendio, á su despecho,
enfurecido se revuelve y brama.
Ay! otra bala le atraviesa el pecho
al inclito soldado,
y á tierra viene ese héroe belicoso
á quien la Patria con justicia aclama
como á su hijo más noble y valeroso.

IV.

Así supo morir en ese día
el gran Santamaría.

¡Llor por siempre á su inmortal memoria
y que su hazaña noble y gigantea,
en nuestra Patria sea
ejemplo eterno de enseñanza y gloria!

EMILIO PACHECO.

San José, 15 de setiembre de 1887.

Así empezó.....

(Dedicado á María Luisa Argüello.)

Tánto te empeñas, mi querido Renard, en saber como empezó mi dicha, que me decido al fin á revelarte mi secreto, eso si bajo la estricta condición de que todo el mundo,—excepto tú, se entienda,—lo ignore literalmente.

Quiero que de tu silencio me hagas promesa formal; que cuando pronuncies sobre mi fétetro la oración fúnebre que me has ofrecido, no te acuerdes de esta historia; que no la refieras á tu amante ni á tu esposa—si es que algún día te enamoras y te casas;— que si enviadas y descontento de tu manumisión reincides en e charte el santo lazo al cuello, fallezcan tu segunda y subsiguientes esposas sin saber como empezó mi felicidad; que si faltándote material un día para "Costa Rica Ilustrada" se te ocurriese trasladar mi cuento á sus columnas, prefieras darle muerte despiadada antes que deslustrarla de tal manera y que ser infiel á tu juramento; que si por azar de la variable existencia llegásemos (¡Dios no lo permita!) á sentir en nuestros pechos odio cordial entre ambos, no me ataques con mi secreto; y en fin, que si tus conciudadanos te ofrecieran por saberlo la Presidencia de la República por tres períodos consecutivos, prefieras, antes que ser indiscreto en mi daño, tu vida modesta y tu posición humilde, aunque honrosa, de miembro perpetuo del Jurado.

Pero no te alarmes, chico....! No te alarmes....!

Lo que yo quiero es que no divulgues mi historia.— Yo se que si lo haces es posible que el equilibrio europeo, la cuestión de Egipto y la política centroamericana continúen en el estado en que se hallan; pero prefiero que, por mi culpa, no vayan esas cosas á variar de sitio.

La reserva que te encargo, después de todo, no es infundada. Tú eres muy preguntón y como *quien mucho pregunta mucho divulga*, francamente, no quedo tranquilo. Pero váyate en desagravio la declaración que te hago de que ése es el único defecto que proyecta sombra sobre tu distinguida persona.

Ahora, mi querido Renard, déjame ponerme serio y escucha mi secreto.

Mis padres, por su carácter altivo, y porque su matrimonio fué un arreglo de conveniencia, en vez de ser el resultado de un amor recíproco y bien sentido, no pudieron hacer de su hogar un modelo ni ser felices.

Un hijo—decían los que anhelaban su dicha—es lo único que puede llevarles la paz y hacerlos dichosos, ¡Vana esperanza!... Vino el hijo y seguramente nació muy desgraciado, cuando su presencia sólo alcanzó tregua brevísima en la lucha de aquellas almas desventuradas.

¡Cuántas veces, en mis juveniles años saboree el acibar que puso el destino en los labios de mis venerados padres! Y cuánto no me hizo sufrir su recuerdo hasta el momento en que un ángel bendecido que encontré en la espinosa senda de mi vida, conmovió mi abatimiento y remontándose con rauda vuelo á los espacios infinitos en alas de su amor puro y santo, rasgó con manos de piedad el negro velo de la estrella mía.

Recuerdo que algunas veces cuando volvía de la escuela ufano y orgulloso mostrando á mi buena madre alguna estampita con que premiaba mi maestra mis progresos y mi buena conducta, al levantarme sobre su regazo para darme un beso, fijaba sus ojos en los míos, y tal emoción le causaba mi rara semejanza á mi padre, que aquel beso al posarse sobre mi frente me hacía llorar..... tan perezoso llegaba y tan frío!

Otras veces en que algunos de mis deudos, de visita en casa, sin parar atención en mí ó por suponerme entretenido con los castillos que levantaba sobre la mesa de la sala con las cartas de una baraja,—se atrevían á interrogar á mi padre sobre el motivo por qué me trataba con tanto rigor en ocasiones y con tanta indiferencia siempre, escuchaba de su boca esta ó otra frase parecida:—"si yo no le quiero mal..... es que ella es su madre..... y cuando me irrita ese pobre chico sirve á mi desahogo..... infeliz.....!"

Presumo que sufría cruelmente al oír esas palabras, porque los nervios dibujaban en seguida en mi cara de un modo irresistible, los visajes precursores del llanto, y porque mi cuello se estrechaba de tal manera, que el aire casi no penetraba en mi pecho.

Así pasé los primeros años de mi vida; huérfano de las dulces caricias del paterno amor, de sus efusiones místicas, de la miel de su sonrisa, de la fragancia de su aliento.....

Un día—¡quisiera olvidarlo!—había en mi casa cierto movimiento inusitado, mis parientes todos, graves como la imagen del pesar, lívidos como la efigie del crimen, entraban y salían sin pronunciar palabra.— Mi padre rocostado en un sofá, afectaba indiferencia, disimulaba su preocupación fumando uno y otro cigarro sin moverse de su asiento, sin mirar el suelo; de vez en cuando suspiraba y su mirada vaga ó incierta, parando ya en el cielo de la estancia, ya en los muros, ya en la ceniza de su cigarro, ya en el humo que arrojaba, no veía ni se daba cuenta de nada. Absorto y preocupado de su situación, su cráneo ardía, su espíritu estaba transformado en un solo pensamiento. Dentro y fuera de sí no existía más que un cuadro, cuadro difícilísimo de describir porque las tempestades del alma se sienten pero no se copian. En él sin embargo, podíase ver, aunque velada por doble manto,—su voluntad de acero y su orgullo indomable,—un hombre á las puertas de un templo suntuoso, asido con innúmeras cadenas que lucha por romper con vigor titánico, las cuales sostenían otras tantas firmísimas vestales, un abismo á los pies de ese grupo; más allá, sobre una preciosa colina,

envuelta en nubes de fuego, coronada de estrellas resplandecientes y precedida de querubines que embalsamaban el aura con frescas y pintadas flores, una arrogante figura de mujer, radiante de belleza, de olímpica sonrisa, fija la suave mirada en el prisionero y en actitud de recibirle en sus brazos; después un cielo sin manchas sobre un océano tranquilo.

Mi padre luchaba sin duda por romper sus vínculos y sus deberes sociales para echarse en brazos de la libertad, nunca tan deseada como cuando se pierde a nuestra vista, pero más virtuoso que lo fui yo, temió el abismo, besó las cadenas y contempló resignado la caída de la noche sobre la colina y la desaparición de aquel cielo despejado y de aquel océano sin iras.

—¿Qué sucedía?

—Oyelo, Renard, y comprende el sacrificio que hago al referírtelo.

Se dió un espléndido baile de año nuevo en los salones de..... Mi madre joven y hermosa, asistió, bailó y fué bien cortejada. Dicen que estaba encantadora y satisfecha. Mi padre le había prohibido que bailase. Después de la media noche regresaron a su casa y ya en ella riñeron de tal suerte que, a no haber caído mi madre víctima de una congestión nerviosa, se hubieran apercebido hasta los criados de lo que pasaba. A la mañana siguiente, mi madre, aprovechando el sueño de su esposo, abandonó su casa y dejó conmigo una carta que decía próximamente así:

"Felipe: después de lo de anoche, todo ha terminado entre los dos. Abandóname para siempre ó me mato. Si te resuelves por lo primero, quiero cuidar de mi hijo. Tienes de término para contestarme hasta las seis de la tarde de hoy. Después sería inútil, pues habré dejado de existir. Estoy en casa de mis padres.—ESTER."

El lance no podía ser más grave, dado el carácter resuelto y enérgico de mi madre. He ahí el motivo de la turbación de mi padre y deudos.

Algunos buenos amigos intervinieron en el asunto y después de vencer dificultades sin cuento, lograron que mi padre improvisase un viaje no menor de seis meses y que me llevase consigo al Colegio Seminario de Guatemala,—país que fué considerado en Centro América hasta ha poco tiempo, como una nueva Atenas,—en donde se había resuelto que hiciese mi educación.

El desorden y la tristeza tomaron posesión de la casa en ese día nefasto. Si la muerte hubiera entrado en ella y cortado el hilo de la existencia de una persona querida, el cuadro habría sido menos abrumador, que si la muerte deja tras sí penas agudas, permite al menos que las expulsen nuestras lágrimas y lamentaciones. No así las que con zañia fiera dejan en el alma las contrariedades y alevosías de la vida: estas devoran en secreto las entrañas y su ponzoña no se extingue sino con la existencia.

En ese día aciago, tan grabado en mi memoria, comprendí, no obstante mi tierna edad, el desamparo en que había de crecer y que mi porvenir nada grato me ofrecía.

Aquellos diálogos breves y misteriosos, aquel entrar y salir de parientes y personas desconocidas, aquel mutismo de mi padre, hasta la campana del comedor nunca tan desdeñada como ese día, cuando anunciaba que el almuerzo ó la comida esperaban, me contrastaban de tal suerte, que el recuerdo no más aun me estremecía.

A las cinco de la tarde me notificó mi padre el viaje a Guatemala y que todo se estaba alistando para salir al día siguiente. Yo supuse que mi madre nos acompañaría, y al preguntarlo a mi padre, me contestó con un *no* tan seco y tan brusco, que desde ese momento se anegaron mis ojos en llanto para no secarse sino cuando las brisas extranjeras refrescaron mi ardorosa frente.

Mi madre quiso despedirse de mí y fué llevado a su presencia. Entonces la ví gemir por vez primera; entonces por vez primera también sentí sobre mi rostro sus copiosas lágrimas y sus ardientes besos. Esa noche dormí en su propia alcoba, es decir, me acosté para dejarla sobre sus almohadas el testimonio de mi a-

marga pesadumbre y de mi amor filial, pues las horas de la noche eran pocas para que tomase a mi pecho la calma. Ella no se desvistió; velaba al lado mío enjugando sus hermosos ojos y gimiendo como yo. De vez en cuando decía: "¡Ah, que desgraciada soy! Ten piedad de mí, Dios misericordioso!" y reclinaba sobre mi cabeza su cabeza febril. ¡Me amó al perderme, y como si hubiera sentido el presentimiento de que nunca nos volveríamos a ver, me amó con toda la fuerza de su alma, en aquella hora solemne!

Al día siguiente abandoné este suelo tan grato hoy para mí.

En cuarenta horas salvamos mi padre, dos criados y yo la distancia entre esta capital y el Pacífico. La emoción que sentí al contemplar la grandeza del océano bajo la inmensidad de los cielos, imprimió en mi ánimo huella profunda. Un grito de espanto arrancó de mi pecho aquella superficie hirviente y sin fronteras y aquella bóveda inconmensurable iluminada por un sol poniente bañado de púrpura, que lanzaba sobre los mundos cintas de fuego que se perdían en las entrañas azules del firmamento.

Ante espectáculo tan sublime mi corazón palpitaba con violencia, la sangre se enfrió en mis venas, mi pupila se dilató extraordinariamente, mi lengua emudeció; y esperando por momentos que aquellas aguas borascosas salieran de su lecho y nos sepultaran en su seno, oré como jamás he vuelto a orar.

El 5 de enero de 1857 nos embarcamos en un buque americano llamado "Vencedor."

Aunque tuvimos la suerte de no marearnos, mi padre no dejaba su actitud sombría ni yo cesaba de llorar. Comíamos muy poco y dormíamos menos.

En la madrugada del siete, ya en alta mar, tuve dos placeres que fueron lenitivo eficaz de mi quebranto: fué el primero que habiéndome quedado dormido, mi padre posó sobre mi frente un ósculo que me hizo despertar; era el saludo que me hacía al cumplir mis once años de edad; fué el segundo que durante ese día hicimos las paces, pues me conversaba cariñosamente y me tenía siempre a su lado.

Cuatro días después llegamos a Guatemala.

Descansamos una semana durante la cual conocimos la ciudad y sus infinitos templos.

El 20 de enero fué entregado a los Reverendos Padres del Colegio Seminario.

El nuevo régimen de vida, la ausencia de una persona amiga, la disciplina del establecimiento, tantos rezos y devociones, y sobre todo las privaciones y castigos a que me sometieron Sus Reverencias, porque me negaba a vestir el hábito talar, el manteo y el bonete me causaron tal daño que me enfermé horriblemente hasta temerse por mi vida durante un mes. Según supe cuando recobré la salud tuve mal de patria que terminó en fiebre.

Mi padre se había ido para Méjico en donde murió a poco de haber llegado.

Yo continué en el Seminario hasta la edad de diez y ocho años, siempre contrariado, siempre triste y de mal humor.

La vida monástica no era para mi carácter. La figura y tono afeminados de Sus Reverencias, los ayunos y ejercicios religiosos, la hipocresía que me veía obligado a practicar, me reventaban.

Odiaba el uniforme, odiaba la ciudad porque no podía verla sino con manteo y bonete, odiaba a mis condiscípulos, odiaba al portero y hasta el latín. Y con tanto odio acumulado ¡cuántas veces subí al púlpito a pronunciar sermones que—aunque pasaban por míos ante mi familia—me hacían aprender de memoria los Reverendos Padres!

Pero felizmente logré obtener el bachillerato a los siete años de colegio, y de consiguiente mi libertad.

Me disponía a volver a Costa Rica cuando recibí la triste noticia de la muerte de mi madre, quien nunca me olvidó, sobre todo desde la muerte de mi padre. Ella deseaba, según me lo decía en sus cartas, que estudiase medicina y a estudiarla me dediqué después del luto. Con la mayor asiduidad trabajé tres años. Ni siquiera me ocupé en averiguar a cuánto ascendía el caudal que me habían legado mis padres; pero

ya en la mayor edad me hizo entrega mi curador de todos mis bienes, que no eran pocos, y cediendo á la necesidad de administrarlos, tuve que abandonar los estudios.

Hice que todo se realizase en Costa Rica, y trasladé á Guatemala el producto de mis bienes.

Yo gozaba en este país de magnífica posición entre las familias más distinguidas, y agregando á esto los prestigios de mi fortuna, me convertí en un buen partido matrimonial.

Desgraciadamente no tuve talento para apreciar y multiplicar mi hacienda, y mis cuantiosos gastos la consumían notablemente.

Mucha parte tuvieron en ello los apetitos é inclinaciones propios de la edad en que á la sazón me encontraba.

Confieso que desde que recibí mi herencia gasté lujo y dediqué la mayor parte de mi tiempo á conquistas de amor. Esta fué la causa de mi perdición.

Yo había oído decir que una esposa económica y, por supuesto, virtuosa, era la mayor felicidad á que podía aspirar el hombre, y conociendo el mal estado de mi fortuna y la pendiente en que me precipitaba, resolví moralizar mis costumbres por medio del matrimonio, y en efecto me uní con una de las principales señoritas de Guatemala á la edad de veintidós años.

Estaba yo en la luna de miel, era apreciado por la generalidad de las personas de mayor respetabilidad, había, en fin, entrado en una vida ejemplar, cuando la fatalidad puso en mi camino otra vez, en forma de crimen, nuevos escollos que me impidieron realizar mi felicidad.

Figúrate, Renard, que en una de las pocas ocasiones en que pensé dedicarme decididamente al trabajo productivo, seis meses antes de mi matrimonio, me dirigí con un escandaloso vecino á uno de los departamentos orientales de aquel país, con el objeto de conocer una valiosa finca que me ofrecía en venta; allí me relacioné, por mi desgracia, con una bella campesina de quien me enamoré perdidamente y á quien, fingiéndole posición humilde y modesta fortuna, seduje villanamente con nombre supuesto y con promesa de matrimonio, para abandonarla luego á la vergüenza de su culpa y á la desesperación. Figúrate que yo, creyéndome bastante oculto con el nombre supuesto y sin reparar el daño causado á aquella desdichada, al despedirme de mi esposa un día en la puerta de mi casa, recibí orden de comparecer ante la justicia para declarar en la causa que se me seguía por aquel delito. ¿Qué hacer en tan crítica situación? A mí se me ocurrió suicidarme y tuve miedo á la muerte. Quise referirlo todo á mi mujer y pedirla perdón por el mal que la había causado, y temblé ante mi deshonra y ante su pesar. Intenté mil cosas—pero nada; en aquella hora fatídica en que el infierno se conjuraba para aniquilarme, sólo opté por la fuga y huí de la República cambiándome el nombre y abandonando por siempre á mi idolatrada esposa.

Salí, pues, con más infamia y cobardía que la que se me llamaba á purgar. Salí sin recursos de ningún género; viví así, ignorado, oculto á mi esposa diez y ocho años!

Durante ellos, después de mil trabajos y hambres, logré sacar partido á mis tres años de estudio de la medicina en diversos países de Sur y Norte América, hasta formar un pequeño capital en el Brasil, con el que me trasladé á Nueva York. Durante ese tiempo me di el nombre de Dr. Rebolledo.

Pero los remordimientos, Renard, la idea de mi deshonra, el pensamiento de que mi esposa quizá creyéndose muerta hubiera casado de nuevo, el temor de que algún compatriota me descubriese y tantas, tantas zazobras como sufrí, intranquilizaron de tal manera mi espíritu que era el vivir un martirio espantoso.

Mi conducta—eso sí—no tiene mancha desde que abandoné á mi esposa.

Mi vida ha sido austera cual ninguna. Entre el trabajo y el estudio han pasado los peores años de mi infortunio.

Mis ojos no se fijaron más nunca en otra mujer.— Mi corazón no podía amar ya. El frío del sufrimiento

apagó la llama, y el huracán que tan reciamente ha devastado mi espíritu, arrastró consigo las cenizas.

Mas un día, mi querido Renard, apenas hace un año, recorriendo como era mi costumbre, en una tarde de otoño las avenidas del Central Park, fijo casualmente la mirada en un grupo compuesto de dos bellas damas y un apuesto caballero que contemplaban la Aguja de Cleopatra y departían acerca de ella animada y familiarmente.

Una de aquellas mujeres era joven, de tez alabastina, de ojos y cabellera negros y brillantes, de esbelto talle y correctísimas formas. Las demás facciones de su cara juvenil no eran tan perfectas, pero eso mismo, contrastando con el superior conjunto de su arrogante figura producía en el ánimo del observador el sentimiento de irresistible simpatía. De risueño como los jardines del Edén, descubría, en sus modales, en su mirar indiferente, en sus cultos movimientos, un fondo de dignidad y de virtud que la ponían al abrigo de todo pensamiento ruín.

La emoción que yo sentí al encontrarse mis ojos con los suyos, es indefinible. Sólo sé que nunca el peligro agitó con más violencia mi corazón y que nada sobre la tierra produjo en mi organismo mayor desequilibrio.

¿Era aquello amor? ¡No! que yo lo había sentido y recordaba perfectamente cómo se presentan sus síntomas. Además, amarla yo, maldito de Dios, hubiera sido una profanación. Hay mujeres superiores que inspiran pasiones más sublimes, y ella era una de esas.

—¿Qué era pues lo que yo sentía?—No lo sé; pero su imagen no se borró de mi mente, invadió todo mi ser, no me dejó fuerzas para olvidarla ni para pensar en otra cosa.

Mezcla de recuerdos y afectos nuevos, lo que en mi pecho había estado al punto de volverme loco.

Jamás había visto esa mujer, y sin embargo creía en ocasiones que no me era desconocida.

La tarde siguiente tuve la suerte de verla rodeada de las mismas personas. Este segundo momento me enfermó, tal era el dominio que aquella alma ejercía sobre mí.

Aquellas tres personas adoptaron como yo la costumbre de pasear todas las tardes en el Central Park, y excusado es decirte que el estado morboso de mi espíritu crecía á medida que más contemplaba á la misteriosa desconocida.

Una tarde iba tan preocupado al parque, con su imagen, que á no haberme auxiliado un bondadoso polizonte, me hubiera pasado por encima un carruaje de los mil que rodaban por aquella enorme riolada.

El domingo siguiente llegó á visitarme un antiguo amigo centroamericano. Comí con él y con él hice mi paseo cotidiano. Cerca de una preciosa gruta artificial estaba el grupo y en él la hermosa joven dueña de mi pensamiento. Nos aproximamos, y cuál no sería mi sorpresa viendo que mi compañero voló al encuentro de mis desconocidos á quienes saludó cariñosamente, y cuál no sería la agitación de mi pecho cuando mi querido compañero dijo á su grupo amigo: "permítanme U. U. que les presente al Doctor Marcial Rebolledo." Yo creo que incliné la cabeza, pero no sé lo que pasó por mi cerebro cuando al cruzarse los nombres supe que el de ella era *Ester Mansfield*. . . Si á mis pies hubiese caído un rayo, mis nervios no se habrían agitado con mayor fuerza. Pude, sin embargo dominarme; y aprovechando la casual circunstancia de verme introducido en sus relaciones, traté de infundirle confianza á fin de que ella depositara en mí toda la suya.

Mi cabellera casi blanca, mi demacrado semblante, la diferencia de edades, en fin, me autorizaban para no hablarla de trivialidades que, sea dicho de paso, ella desdeñaba con voluntad firmísima.

Era una mujer superior y sólo contaba diez y siete años.

Nuestras relaciones se estrechaban más y más cada día. Yo procuraba hacerle agradable mi conversación. Le refería algunos episodios de mi vida que ella escuchaba embebecida. Traté de conocer su carácter, de entender sus gustos, y complaciéndola, empecé á á

cubrir las páginas de su vida que eran para mí un misterio doblemente interesante, así por la fuerza de atracción con que me tenía rendido y encadenado á su suerte, como por el nombre que llevaba.

Una tarde, la tercera por cierto en que hice mi habitual paseo en compañía suya, pasadas las insustanciales palabras de estilo, á riesgo de pasar por indiscreto la pregunté cuál era su nacionalidad y cuál el objeto de su viaje á los Estados Unidos, y me respondió que era guatemalteca y que, junto con los dos primos con quienes paseaba, acompañaba á su madre quien había tenido que emprender ese viaje por motivos de salud.

Me refirió además que desde que envió su buena madre, no había estado sana un solo día, que su vida era un prodigio de la ciencia, pues padecía constantemente de tristeza, de falta de apetito y de insomnio.

—Seguramente amaba mucho á su padre de U.—
—repuse yo—y su organización no era bastante fuerte para recibir tan rudo golpe.

—¡Ah!, si señor, mucho dicen que le amaba!

—Y no lo sabe U?....

—Yo, señor, nació cuando él había muerto. Cinco meses después.... Soy póstuma.

—¿Y qué clase de muerte tuvo el señor padre de U?

—Jamás lo hemos sabido, señor, pues desapareció, según me ha dicho mi madre, de un modo misterioso, á los cuatro meses de casados, y nunca se supo dónde estaba, ni qué era de él, ni cómo ni cuándo había muerto!

Yo palidecí y temblé á pesar mío. Semejante revelación tenía una semejanza pasmosa con mi abandono de Julia. Deseaba oír el término de esa historia, y temía que la realidad me matase. Tomé ánimo y seguí.

—Y la señora madre de U. ¿por qué no viene á distraerse en este hermoso parque?

Todo esfuerzo de mi parte, en ese sentido ha sido infructuoso, señor. Divirtiéndose dice—sufre más.

—Mientras tengo el gusto de hacer una visita á la señora ¿tendría U. la amabilidad de decirme su nombre?

—Julia Medina....

—¿Julia Medina?!

Mi cerebro se rompía, la agitación me ahogaba. Felizmente Ester no se apercibió de ello, y tuve ánimo para seguirla interrogando.

—¿Y el de su señor padre, cuál era?

—Gualterio Mansfield....

—¡Gran Dios!—exclamé, próximo á desfallecer—eso es imposible, eso no puede ser....

—¿Qué os sucede, Doctor?! Por qué esa agitación, esa fiebre tan repentina—decía Ester llena de inquietud, colocando su suave mano sobre mi frente.

—Un coche, por piedad.... creo que me va á dar una cojestión celebral.... un coche, un coche....

Ester y su prima Irene, que caminaba adelante con su hermano don Juan, me hicieron sentar sobre una piedra, mientras éste, alarmado de mi repentina enfermedad, voló á traer un carruaje.

Tres minutos después salíamos del Central Park con dirección á mi casa á la que llegamos en breve tiempo.

Mis buenos compañeros, con sus cuidados y medicamentos, me devolvieron la salud dos horas después de aquel terrible diálogo.

Ya en marcha para su casa, llamé á Ester y la dije:

—Hija mía, tu revelación me ha hecho mucho daño, pero puede quizá hacerme el más feliz de los mortales. Tu padre no ha muerto.... tu padre vive y es un desgraciado....

—¿Dónde está, quiero verle Doctor.... Dónde está! exclamó ella emocionada.

—Tu padre, hija mía, fué un criminal al abandonar á tu excelente madre. El huyó y tu sabrás un día por qué para que le perdones. Tu padre, no pudiendo usar en público su nombre de Gualterio Mansfield y medroso ante la muerte ó la deshonra, lo cambió por el de Marcial Rebolledo.... ¡Eres mi hija!....

—¿Vos.... Vos sois mi padre?! dijo con acento aterrador mi adorada Ester.

—¡Si.... yo soy.... Perdón! y me eché de hinojos á sus pies.

—Así quiero veros ante mi desventurada madre, si en realidad no sois un farsante!.... ¡Así.... y no os lla-

maré padre hasta que oiga de sus labios su perdón....

—¡Sí, mi adorada Ester.... Anda, anda muy de prisa y dile á tu madre que la adoro, que nunca he dejado de amarla, que me escuche, que me perdone y que me deje morir después....!

La hermosa niña salió precipitadamente, refirió lo ocurrido á sus primos que la aguardaban en la puerta de la calle, y todos, presa de la mayor inquietud, llegaron á casa de Julia á quien comunicaron lo que ocurría en términos en que la noticia no pudiera dañarla. Un día pasó y otro, que fueron para mí de agudo suplicio, sin que brillara en mi acongojado espíritu un rayo de esperanza.

Al día tercero, un carruaje paró á la puerta de mi casa y subió don Juan. Al verle dejó de circular la sangre en mis venas y sentí el frío de la muerte. Por fin habló y respiré....

—Venid conmigo á casa de Julia—me dijo—ella os espera para perdonaros y para que os sinceréis.

Me vestí precipitadamente. Subimos al carruaje. Penetré en su estancia. Caí de rodillas á sus pies. Pronunció mi absolución. Y en estrecho abrazo ella, mi hija y yo sellamos la paz con ósculos ardientes y lágrimas de placer.

Así empezó mi felicidad.

GUALTERIO.

Al 15 de setiembre.

Como tarba de buitres carniceros
Que su sombra proyectan sobre el agua,
Del cristalino lago en que se agitan
Los juegos de la luz y de la escama,
O como en noche azul cruza el espacio,
Engendro del pavor, negro fantasma,
Del guerrero español sobre la América
Así pasó la hueste sanguinaria.
Aun se puede escuchar y no muy lejos
El crugido siniestro de sus alas
Que se mezcla á los ayos de la virgen
Cuya modesta túnica desgarran.
Pero tampoco Iberia solamente
Supo el dogal poner en la garganta:
Testigo Irlanda sojuzgada y triste,
Testigo la Polonia asesinada,
Y entre otros pueblos que esclaviza el hombre,
También testigo la colonia Indiana.
La sombra por doquier, la ley impia,
El derecho del fuerte, la palabra,
Medio de adulación para el cinismo,
Para el hombre de honor amordazada.
Los derechos del hombre postergados
Al derecho divino del monarca.
Y el pensamiento puesto de rodillas
Pidiendo redención para las almas.
Es la historia de ayer, historia negra,
Que nos causa rubor al recordarla,
Y parece imposible que llegase
Hasta tanta maldad la especie humana.
Y en medio de la noche, do se cruzan
Espíritus de horror, sangrientas larvas,
Brillan astros también que en su carrera
Derraman con su luz las esperanzas.
Colón, Bolívar, Wáshington, los genios
Que supieron hacer de nuestras almas
Conciencias vivas, á la luz abiertas,
Y en el pecho un altar para la patria.

Un recuerdo no más para sus sombras,
 Que, al evocarlas yo, se profanaran,
 Y ya los aires con sus glorias llena
 La sonora trompeta de la Fama.
 La humanidad cual siempre generosa
 Con usura premió sus nobles ansias,
 Y á los que vió vivir como mendigos
 Les erige pirámides y estatuas;
 Sobre el hierro quizá de sus cadenas
 Les hace luego colocar las plantas,
 Y presenta magníficos festines
 Con el oro ruín que les negara.
 Pero avanza la luz, y como el germen
 Necesita morir para que nazca
 El árbol que muy débil al principio,
 Después hasta las nubes se levanta,
 Muerto el genio, también surge la idea,
 Y se convierne en fecundante savia,
 Se erige como ley para el destino
 Y penetra en el fondo de las almas.
 Hoy el pueblo por fin sabe que puede
 Abrir el vasto pecho á la esperanza,
 Que hay una ley universal que borra
 El privilegio odioso de las castas,
 Que bajo el cielo azul son inmutables,
 La libertad y la igualdad humanas,
 Y la pupila y la razón vinieron
 La luz del Sol, la libertad de Francia.
 Que el derecho del hombre es más divino
 Que el de una imbecil testa coronada,
 Porque viene de Dios, que es la Justicia
 Y se revela en la conciencia humana.
 Que hay una luz espléndida y potente
 Que se vierte en inmensa catarata:
 La luz de la verdad, en que podemos
 Beber hasta saciar nuestras miradas,
 Sin que un ser infernal hacia la noche
 Quiera de nuevo con horror fijarlas.
 Que hay un Dios de justicia y de clemencia
 No de negra y terrífica venganza,
 Que empuja al hombre en su ascensión sublime
 Y no le hace gemir bajo sus plantas.
 Que podemos vivir, que el pensamiento
 Puede tender sus luminosas alas
 Y de un vuelo pasar sobre los astros,
 Y penetrar en el divino alcázar.
 Que podemos amar, sin que en el cielo
 Sobre la inmensa bóveda estrellada,
 El padre de la luz se muestre altivo
 Y mire nuestro amor como una mancha.
 Y que de Francia el Aguila altanera
 Depositó su nido en las montañas
 Altísimas de América, y en ellas
 La prole pereció, pero animada
 De gigantesco germen, sobre el Norte
 El sol de libertad pudo incubarla;
 Y ensayando su vuelo poderoso
 Se dirige en magnífica bandada
 Desde Méjico al Sur, y cuando cubra
 Bajo el inmenso pliegue de sus alas
 El continente todo, entonaremos
 El himno de la unión americana.

JOSÉ M^{te} ALFARO.

CRONICA.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Apechuguemos con esta segunda revista y Dios nos tenga de su mano.—Apuradillo me he de ver para zurcir unos cuantos párrafos noticiosos, siendo así que esta quincena no ha estado muy boyante en novedades.—La pasadaoh! aquel era otro cantar; bailes, fiestas, natalicios, Costa Rica y Nicaragua, teatro,—si apenas encontraba una manera de acabar de hacer comentarios y decir cosas con tan abundante material; pero ésta, de seguro que si no fuera por el teatro y alguna otra cosilla más, diría que hemos caído de nuevo en nuestra habitual monotonía.—Pero, ¿qué es eso? De veras que soy injusto. ¿Cómo no he de hallar material para una revista, teniendo á las puertas el 15 de setiembre, el baile, las nuevas fiestas de Cartago? Bien que esos son acontecimientos que están por verse, pero nada importa. Corto de la tela que suministra la imaginación cuando espera algo, y fantaseando un rato salgo del apuro.

* * *

Pues sí señor! El 15 de setiembre se nos viene encima. Es ésta una fecha inolvidable para los costarricenses. Es grato recordar que en este día de pupilos pasamos á ser hombres; que el año de 1821 nos presentamos ante la madre España, y con muy finos modos le manifestamos nuestra firme resolución de ser libres; que desde entonces caminamos solos, sin que nos lleve de la mano un tutor; y que el trascurso del tiempo y el ejercicio continuado hacen que cada día sea más firme el paso con que marcharemos por la senda del progreso.

* * *

El señor Lic. don Ascensión Esquivel está ya entre nosotros.—Ha vuelto de nuevo á ocupar su puesto en el Ministerio.—Damos nuestra cordial bienvenida al señor Esquivel y celebramos que se halle otra vez ocupando el elevado lugar en que sus méritos lo han colocado.

* * *

Como legítima expansión de alegría en la noche del 15 tendremos baile. Allí va á ser la gorda. Ya me figuro todo lo bueno que va á haber esa noche; cómo nos hemos de divertir!—Si desde días no tengo más oficio que pensar en el tal baile. Ruedan por mi imaginación mil proyectos de sensaciones, promesas de ventura, sueños, alegrías, y es tal la procesión que pasea en mi cerebro, y tal el cosquilleo que me producen esas esperanzas de placer que hasta me río solo. El próximo número de Costa Rica Ilustrada sí que ha de estar divertido. Diré cuál era la más bonita, cuál la que se vistió con más elegancia, cuál fué más cortejada y cuál la que cortejó más. A la que el consentimiento público

declare reina del baile le dedicaré un párrafo especial, y me declararé su más humilde súbdito. Pero como todo no ha de ser dulzura, la más fea tendrá también su recuerdito, la coqueta, la vanidosa, la que me ponga mal gesto, serán objeto de esta revista. Prometo que he de estudiar el baile en detalle y, ó me saca alguna los ojos, ó de esta hecha consigo novia.

Pero hagamos á un lado lo que está por verse y ocupémonos de los hechos consumados. No he de hablar minuciosamente de las varias zarzuelas que hemos visto en estos días, por que ya el público está un tanto cansado con la revistas de teatro. Con todo, en mi silencio no ha de ir envuelta también la que tuvo lugar el miércoles 7, porque aquella si vale la pena de comentarla un poquito.

Las noches de beneficio no pertenecen al vulgo de las noches de teatro. Tienen siempre novedad y variedad, y el público, que no tiene generalmente más papel que el de aplaudir ó silbar (lo segundo no es planta de esta tierra), cuando es función de beneficio tira ramos, hecha á volar palomitas de castilla con cintas, recibe lluvias de versos; en fin, muchas cosas extraordinarias que mueven la curiosidad hasta de los menos curiosos. Siendo así, natural es que el teatro se llene de gente en tales noches.

La función dió principio ante un numerosísimo público. Después de dos ó tres escenas se presentó en las tablas la beneficiada. Vestida de hombre y luciendo con toda esplendidez sus gracias, produjo una impresión agradable en la concurrencia. Muchos ramos cayeron á sus pies, y un buen número de palomitas que salían de los palcos, despleaban sus alas y azoradas con la luz, el ruido, la gente, describían con su vuelo caprichosos giros, revoloteaban por la platea volviendo de nuevo á los palcos. Inocentes mensajeras, no sabían que eran las portadoras del afecto y las simpatías que la señora Fernández ha inspirado á las josefinas. Algunas, como si supieran mejor su papel, volaban al proscenio, se posaban sobre las banbalinas ó iban á caer á los pies de la heroína de la fiesta, quien las cogía, las acariciaba, y sacando de entre sus blancas alas la expresión de cariño de que eran portadoras, la guardaba en su corazón.

Después del primer acto la señora Fernández cantó el vals "Costa Rica," música del señor Cuevas y letra de don J. Marcelino Pacheco.—Es precioso: la suave armonía de esta pieza interpretada con maestría por la beneficiada, agradó mucho y un prolongado aplauso dijo á la artista lo complacido que el público quedaba con su canto. Al maestro compositor aun no le había llegado su turno: era justo que el primer aplauso fuera para ella. Al concluir la música, el joven don Jacobo Zúñiga recitó con notable despreocupación y soltura unos versos compuestos por don Emilio Pacheco. Son armoniosos los versos, expresión genuina del entusiasmo que la artista ha producido en la imaginación del joven poeta. El público pidió con insistencia al autor

de los versos y al autor del vals, y una vez ambos en las tablas, pagó con nutrido aplauso la dulce impresión que dejaron en su oído las armonías poéticas y las armonías musicales.

En los siguientes actos los *bouquets* siguieron alfombrando la escena. La función terminó con "Música Clásica", pieza que cada vez agrada más. El inimitable Vila nos hizo morir de risa con su semblante escuálido y su canto desfallecido. ¡Que hambre más atroz la de Cucufate!— ¡Que artista tan excelente es Vila!

Total:—á la una de la noche nos retiramos del teatro, después de haber gozado con la representación de las dos zarzuelas, con el espléndido vals, con los hermosos versos, y más que todo, con la brillante ovación que el público hizo á la simpática señora Fernández.

Próximamente tendrá lugar el beneficio del señor Abella. Creemos que un nuevo triunfo escénico dirá al notable baritano una vez más que ha sabido conquistarse el afecto del público zarzuelero.

Y punto final.—No más revista. Quédese para otra lo más que haya que decir, porque á la verdad ya mi pluma no echa. La pobrecita está pasando un verano atroz: esperemos mejor ocasión.

MR. RENARD.

POST SCRIPTUM.

Ya en manos del cajista esta crónica y no obstante la pereza intelectual que me agobia, no he podido resistir al deseo que tengo de decir algo sobre la función que tuvo lugar el sábado 10 del corriente. Váyase este pedacito de revista como adheala y permítaseme dar salida á la bilis que me trae á mal andar desde esa bendita noche. Quisiera tener la acerada pluma de un buen crítico para pinchar con ella la tal pieza y decirle cuantas son cinco, ó mejor agarrarla del pescuezo y zurrarle la badana con tal entusiasmo, que al desprenderse de mis dedos saliera desbocada y fuera á zambullirse para siempre jamás en uno de esos cajones destinados á ser el sepulcro de libracos inútiles, donde la polilla arremetiera con ella y no la dejara de la mano hasta haberla concluido, y eso que la polilla le hincaría el diente, gracias á que no tiene paladar, que á tenerlo, de seguro dejaría intacto tanroso manjar.

Dice doña Emilia Pardo Bazán, notabilísima crítica, que á ella la subleva ese cuento de que uno tome una novela y sin encomendarse á Dios ni al diablo, la vacíe en el molde del drama. Corta de aquí, suprime allá, une por este otro lado, separa lo que debe estar junto, ¡jaz! ¡jaz! sin chuparse los dedos y como aprendiz de sastre mete la tijera por una punta y empieza á hacer tales geroglíficos con la tela que el novelista trabajó, que si después se le enseñara al autor lo que ha salido de los girones de su obra, le daría tal soponcio que no poco trabajo costaría el volverle á la vida. Este juicio tal vez sea exage-

rado tratándose del drama. Porque es indiscutible que puede conseguirse, y varios autores lo han conseguido, condensar tanto la esencia de una novela que quepa en el marco de un drama; pero tratándose de una zarzuela, obra de mucho más reducidos contornos, sí cabe bien lo que se ha dicho arriba. Allí está confirmando esa aseveración la obra "Los Sobrinos del Capitán Grant". Si Julio Verne viera el cinemesino que ha salido del vientre de su bellísima novela, se quedaría patitioso del susto. ¡Cómo se ha roto con lo verosímil! ¡qué furibundos mandobles se han descargado sobre la naturalidad y la verdad! y sobre todo, qué gracejadas más insulsas las que rebosan en toda la obra!

Oí á muchas personas decir, la noche de esa función: "me río, pero es de cólera". Efectivamente, qué lejos está esa obra de poseer esa sal fina, ese chiste ligero é incisivo que nos hacen retozar por dentro del cuerpo los geniecillos de la risa. Lo grotesco de esta obra espanta la sonrisa culta, compañera del chiste delicado, y da lugar á la carcajada bullanguera, hija legítima de la payasada.

No he de analizar la obra detalladamente, porque sería el cuento de nunca acabar. ¡Para qué acordarme del viajecito aquel, más rápido que el pensamiento, cuando los pasajeros que dejamos plantados en un árbol, en medio Chile, nos los encontramos, sin saber como, en Australia, como quien dice á la vuelta de la esquina! Para qué pensar en aquellos salvajes tan estultos que proclaman rey á un europeo y se dejan robar sus tesoros sin decir esta boca es mía.

Creo que todos agradecemos el esfuerzo del señor Villareal, que en su deseo de complacer al público, no vaciló en hacer ingentes gastos para poner en escena la pieza de que me ocupo. Todos estamos también de acuerdo en que los actores trataron de sacar de la obra todo el partido que se puede, trabajando con esmero; pero, pues el deseo de todos ellos es complacer, yo, á nombre de muchas personas, ruego á la empresa archive esa obra que puede agradar solamente al que no ha sentido pasar á su lado la menor ráfaga de gusto literario, á los chiquillos y al pueblo, entusiasta aplaudidor de las gracejadas de los *clowns*.

FIRMADO, UT SUPRA.

EL PERIODISTA.

En esta edad batalladora, inquieta
El periodista es la potencia viva,
Que á la ignorancia de su altar derriba,
Con fe de niño y corazón de atleta.

Jamás la lucha del combate esquivas,
Y ora se llame Rochefort, Gambetta,
Ora perore á la nación, ó escriba,
Ni privilegios ni poder respeta.

El tiene un corazón que en el combate
Sólo la voz de la razón escucha,
Recobra fuerzas y palpita y late
Y por las santas libertades lucha.

Sólo el calor de nuestro siglo pudo
Forjar esta arma varonil, propensa
A ese combate de la idea, rudo:

Luchador incansable de la prensa
Una hoja de papel tiene de escudo,
Y en ella llora, profetiza y piensa.

CALIXTO VELADO.

(Salvadoreño).

ANUNCIOS.

BARBERIA y PERFUMERIA

de Jesús C. Cubero.

Calle Real, n° 83.

CARTAGO,—COSTA RICA.

Todos los artículos pertenecientes al ramo.

Baños de aspersion.

BARBER'S SHOP

of

Jesús C. Cubero.

Calle Real.—Cartago, Costa Rica. N° 38

FINEST PERFUMERY.

Shower Baths.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHEVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y

Comisionistas.

Apartado 103.

Cable "Echeverría."

2 Calle General Fernández.

SAN JOSÉ, COSTA RICA.